

# LA UNION

SUSCRIPCION	
Un mes	\$ 1.00
Ses-meses adelantados	\$ 5.00
Un año	\$ 10.00
Núm. suelto	\$ 0.10
atrasado	\$ 0.20

Se reciben avisos y solicitudes hasta las 6 de la tarde.

ORGANO DE LOS INTERESE DEL DEPARTAMENTO

En ningún caso se devolverán los originales.  
Toda correspondencia se dirigirá al Administrador

No se reciben escritos sin la debida garantía.  
Siendo de interés público se publicarán gratis.

Nuestro correspondiente en París para avisos y publicaciones es el Señor A. LORIT, Director de la Sociedad Minera de la Unión, núm. 61 Rue Cambrai.

La Comisión Directiva de la «Asociación Literaria» que acaba de fundarse, tiene el honor de participar a la juventud estudiosa que las clases literarias funcionarán los días juéves y domingos a las 8 p. m. en el Instituto Lavalleja. Las solicitudes de ingreso deben dirigirse al Sr. Presidente de la Comisión D. Juan M. Ros. LA COMISION.

## LA UNION

Minas, Enero 9 de 1898.

### DE ACTUALIDAD

#### CARTA DEL DOCTOR ALFREDO E. CASTELLANOS AL DIARIO "EL PUEBLO"

Lamento que mi primer contacto con el diario que Vd. dirige sea para establecer polémica con uno de sus redactores el señor Day autor del artículo titulado: *¡Salvase quien pueda!*, «espacialmente destinado y a amargar los últimos instantes del partido constitucional, tan injustamente perseguido y tan cruelmente calumniado por los filósofos de la divisa tradicional.

Crea yo que los que mayor interés han demostrado en negar a ese partido el derecho a la vida, desconociendo en sus afiliados hasta la sinceridad de las convicciones se sentirán dispuestos a guardar respetuoso silencio en el *celorio* de una colectividad que nada les ha hecho como no sea ayudarlos alguna vez a salir de sus apuros.

Tanto nos han deseado y nos han vaticinado la muerte por anemia e inanición, que me consolaba del desastre pensando que al menos al borde de nuestra tumba política, no se oirían los chascarrillos y dichos-rachos con que nos han perseguido durante diez y ocho años los adoradores de Oribe y de Rivera.

El señor Day se ha encargado de arrebatar esa última esperanza y con ella el modesto consuelo de ver morir en paz a un partido que no registra en su historia un solo hecho de sangre ni ha comprometido su bandera en una sola transacción indecorosa o cobarde.

El señor Day me hará el favor de reconocer que el Partido Constitucional no tuvo arte ni parte en los sucesos sangrientos del once de Octubre, ni en la elección vergonzosa de don Juan Martín Borda para ocupar la presidencia de la República.

Los hombres que formaron en sus filas no figuraron sino como víctimas en el motín oprobioso del 15 de Enero ni actuaron como sus

defensores en la sangrienta jornada de Palomas, donde cayó como un bravo Carlos Lallemand, el soldado sin miedo y sin reproche, el tipo perfecto del honor militar, cuya simpática memoria esta reclamando un monumento que recuerde a las generaciones venideras al heroico defensor de la patria y de sus leyes.

Nuestro partido no es responsable de la luctuosa hecatombe de Guayabos que nos arribó para siempre a Carlos Gurmendiz, Andrés Folle, a Sacie y a tantos otros ciudadanos cuyos nombres escribo lagrimando, sin querer convenirme todavía de que recibieron la muerte como premio de su abnegación y de su patriotismo.

El señor Day no ha sido seguramente de los nuestros en aquellos tristes días que precedieron y sucedieron al motín de Enero. Si lo hubiera sido le p haría como a mí que no he logrado querer mal a Miguel Herrera y Ober, a pesar de sus errores políticos de los últimos tiempos, porque todo lo oscurece mi conciencia de ciudadano la figura simpática del compatriota que abandonó su hogar y su familia para ceñirse la divisa tricolor y batirse por ella como un bravo en los campos de Perseverano.

Al señor Day le pasaría otro tanto cuando se ocupase de José P. Ramírez, si lo hubiese seguido como yo, con los ojos del alma cuando atravesaba el Océano en la bolegada de una tarea inmundada, purgando el delito de su culto entusiasta a la libertad y de su odio profundo a la traición y al crimen.

Otras condiciones le merecería ese abnegado ciudadano si supiese que apenas vuelto al seno de la patria después de haber escapado milagrosamente a los peligros de aquella odisea conmovedora, su impulso fué arrancarse a los brazos de su mujer y de sus hijos para ir a correr los afores de la gloriosa revolución que alzaba en alto la bandera de Lavalleja contra el gobierno ignominioso de don Pedro Varela.

Así ha procedido siempre el doctor Ramírez en las horas solennes del sacrificio y de la prueba. Así fué a la derrota del Quebrabito que él tuvo por segura antes de pisar el suelo de la patria; y cuando esa derrota se produjo, salió entre los dispersos y anduvo errante y fugitivo como el último gaucho de nuestras guerras civiles.

He sido de los primeros en conocer la renuncia del Dr. Ramírez que me la leyó en borrador esperando sin duda que yo censurara su resolución. Debía creerlo así sabiendo como sabía que lo profesaba

el constitucionalismo como una religión, al extremo de que mis implacables adversarios, entre los cuales cuento a mis propios hermanos, llegaron un día a convenirse de que no me quedaba en las venas una gota de sangre nacionalista, y de que, solamente haciendo una farsa infame y grosera, podría yo fingir los entusiasmos partidistas que me animaron en otra época.

Entre los testimonios de respeto que he recibido y recuerdo con orgullo, figura el de mi amigo Eugenio Garzon, colorado sangre de toro, que me llamó el primer constituyente ojalista de mi tiempo en un artículo de su famoso *Heraldo*.

Pues bien: yo of la lectura de la renuncia y no tuve una sola objeción que hacerle, porque como se lo dije al doctor Ramírez, veía profundamente desconsolado del departamento de Tacuarembó, donde no encontré mas que un correccionario, don Cipriano G. Samieria. Los demás, que eran muchos en su tiempo, casi todos de origen nacionalista, habían vuelto a sus antiguas filas, olvidando sus compromisos y renegando la simpática tradición del Partido Constitucional.

No es mi ánimo censurar esa conducta; pero si debo declarar con franqueza que me entristece el alma pensar que han muerto en la pobreza muchos de mis corregidos, alejados de puestos y honores, por haberse mantenido fieles al manifiesto de 1880.

Pareda, Arroyo, Trianon, Octavio Ramírez y tantos otros amigos queridos, que ya no existen, sufrirían una dolorosa decepción si supiesen que la divisa de los viejos partidos, teñida en la sangre de nuestras guerras civiles, puede mas que la divisa tricolor que ceñíamos todos en 1875 para luchar contra Varela y Latorre.

Ya que he citado a Eugenio Garzon, voy a permitirme recomendar a Day que le pregunte como proceden los argentinos cuando juzgan al general don Bartolomé Mitre, de quien es ferviente idólatra aquel ciudadano.

El le dirá seguramente que el general Mitre ha tenido mas *reculés* que el doctor Ramírez en su vida política y sobre todo uno que bastaría para que lo condenaran a la horca los impecables é infalibles de nuestra tierra, esos que aplican la ley del embudo para juzgar a nuestros hombres públicos y que consideran que es un *reculé* en José P. Ramírez reconocer y confesar públicamente sus errores, como es un golpe de efecto piramidal en Julio Herrera nombrar su secretario a Angel Brian y afrentar al país con los milagros de la *influencia directriz*.

Entre los *reculés* de Ramírez y

los corridos por la tabla de Julio Herrera, los que jugamos a billar por el sistema antiguo nos quedamos con los primeros, por la sencilla razón de que es mas honroso hacer o retroceso que dar una pifia o hacer saltar la bola.

Así procedieron respectivamente esos dos jugadores de billar político cuando aquella famosa reunión de la cancha de Valentín de 1872, en que se trató de aprovechar o no el capital electoral que los inteligentes llamaron las baratas falsas de Pagola.

Así procedió el doctor Ramírez cuando la célebre conciliación con Santos, que no comprometió al partido constitucional, porque ese ciudadano como sus compañeros de Ministerio hicieron acto personal de aquella evolución política.

Entonces dió el doctor Ramírez uno de los *reculés* que tanto le honran, renunciando el ministerio que ocupó inmediatamente Julio Herrera, desarrollando en él su famoso sistema de carambola por tabia hasta calzar la Presidencia de la República.

La patriótica actitud del doctor Ramírez tuvo como premio merecido el aplauso de toda la gente honesta, que fué a saludarlo a su domicilio en una manifestación imponente de simpatía y de respeto.

El señor Day me dirá que una manifestación no vale tanto como una Presidencia, pero yo le contestaré que eso depende del sistema que sigue cada jugador, según juegue *limpio* o *sucio*.

Sentía la necesidad de dedicar estas líneas al señor Day, para honor del partido constitucional en que he militado y como merecido homenaje al ciudadano que lo ha presidido.

Me inspira simpatía el diario que Vd. dirige y lo he probado contribuyendo a la popularidad con el retrato de don Tomás Gonsensoro.

Por eso me ha dolido ver que se ataque injustamente a un partido que actualmente ni pincha ni corta, envolviendo en esos ataques a un ciudadano que podrá haber cometido errores, pero cuyos méritos y cuyas virtudes son tan indiscutibles y tan altas, que su solo nombre bastaría para llenar el escenario

de la República si en ella se perdonasen los *reculés* veniales como se perdonan en la vecina las pifias piramidales de don Bartolomé Mitre, autor principal del acuerdo con Roca, es decir, del pacto inhumano con el estrangulador de la soberanía popular argentina.

Crea el señor Day que el doctor Ramírez, como los cañones antiguos, tiene un retroceso infalible cuando funciona.

¡Vaya por! otros cañones de sistema moderno que, en vez de retroceder avanzan, al extremo de que empiezan apuntando en la imprenta de *El Siglo* y concluyen disparando en la imprenta de *La Nación*, donde generalmente revientan, dejando un olor que a todo se parece, menos al de la pólvora.

Agrega el señor Day que el infinito es propio de los *reculés* del doctor Ramírez, y ese infinito en que flota su renuncia es la indiferencia pública.

Esto después de haber empazado diciendo que la nota del día ha sido la renuncia del doctor Ramírez.

Sería curioso que el Sr. Day sostuviese que la palabra de ese ciudadano se pierda en el vacío, después de haber presenciado las explosiones de entusiasmo con que el pueblo ha saludado al verdadero pacificador de la República.

El doctor Ramírez no ha sido obsequiado hasta hoy con ninguna manifestación filarmónica como las que acompañaron al doctor Herrera desde el Cabildo hasta su casa, pero si el señor Day desea poner a prueba la popularidad de ambos, puede invitar al pueblo para acompañar a Herrera desde el muelle cuando regrese del destierro, que yo haré igual invitación para saludar al doctor Ramírez en su domicilio.

Entonces se verá quien tiene mayores simpatías en el pueblo; si los que apelan al *reculé* para salvar su nombre o los que se dedican a las *corridas por la tabla* y a los *massé*, aunque rompan el paño.

En cuanto al nubarrón de la dictadura, que según Day empuja al sol del Partido Constitucional, me permitiré observar que lo han informado mal, puesto que es absolutamente falso que el Dr. Ramírez y otros ciudadanos aceptaran la dictadura como solución nacional.











